

«¿POR QUÉ CAE LLUVIA DE ALLÁ ARRIBA?»



Es una buena pregunta, y sólo una de las muchas que figuraban en el gran éxito de Frankie Lymon, la estrella del pop de los años 1950, «¿Por qué los tontos se enamoran?». La canción lo catapultó a la lista de los diez discos más vendidos en Estados Unidos a la tierna edad de trece años. Llegó a ser el número uno en Reino Unido en el verano de 1956 y lo convirtió en el primer cantante de color en vender

un millón de discos. Como muchas estrellas adolescentes, Lymon tuvo una vida turbulenta, y no puedo evitar pensar que todo tuvo que ver con el hecho de que fuera un joven con un montón de preguntas en la cabeza, preguntas que a nadie se le ocurrió nunca responder.

«¿Por qué cantan tan alegres los pájaros?», «¿Por qué esperan los amantes el amanecer?», «¿Por qué los tontos se enamoran?», «¿Por qué cae lluvia de allá arriba?». ¿Pensó alguien en algún momento que quizá habría querido saber las respuestas a sus preguntas? Pues no. Cuando cumplió los veinte años, Lymon era un tipo acabado y enganchado a las drogas, y sus únicos conciertos eran espectáculos nostálgicos. El cantante murió, a los veintiséis años, en el suelo del apartamento de su abuela de una sobre-dosis de heroína.

¡Qué distintas podrían haber sido las cosas! Ojala alguien se hubiese llevado aparte al atribulado joven para sentarlo ante una taza de té y explicarle por qué de allá arriba cae lluvia. Habría encontrado al menos la respuesta a una de sus muchas preguntas. Si la Sociedad de Observación de Nubes y yo hubiésemos existido en los años cincuenta, me habría ocupado de ello con mucho gusto. Quizá, de haberlo pillado en el momento adecuado, habría cambiado el curso de los acontecimientos. Digamos que me las hubiese apañado para convencer a alguien de que me dejara pasar entre bastidores cuando los Teenagers tocaron en el Palladium de Londres en 1957 y que hubiese sido capaz de captar su atención durante unos diez minutos antes de que saliera al escenario."

Hasta aquí el texto de Gavin Pretor-Pinney tomado de su libro "Guía del observador de nubes: "

Se nos ocurre pensar que Frankie Lymon solo habría cambiado su ruta si alguien hubiera intentado explicarle que un Dios amoroso había creado la lluvia, el canto de los pájaros, el amanecer y hasta el atontamiento de los enamorados. Hay muchos Frankie Lymon por el mundo, ansiosos de respuestas. Que por nosotros no quede dárseles aunque sea a través de la forma que vivimos.

Número 3.079
Roger de Llúria, 4
08010 BARCELONA
Tel.: 93 318 18 96
obr@obracultural.e.telefonica.net
Www.obracultural.org

HOJAS CULTURALES



HASTA DONDE LA FORTUNA NOS ACOMPaña

Uno que se marcha de casa hacia un país lejano escucha este tipo de augurios «¡Que tengas suerte! ¡Que la fortuna te acompañe!». Esto nos recuerda una vieja fábula que llevaba por título: «Hasta qué punto nos acompaña la fortuna». El hada había profetizado a un recién nacido: « ¡La fortuna te acompañará siempre, pero no debes hacerla llorar!». ¿Qué quería decir? ¿Cómo podría llorar la fortuna? La vida se lo enseñó a aquel muchacho. La fortuna lloraba siempre que el muchacho hacía alguna cosa mala, y al final lo abandonó totalmente. Pero volvió precisamente cuando este murió intentando salvar a uno que se estaba ahogando. Volvió porque, como dice la fábula, también la muerte puede ser feliz, afortunada. Es una historia que recuerda la antigua sabiduría griega. El rico Cresos preguntó al sabio Solón quién podía ser llamado feliz, y como respuesta escuchó los ejemplos de los que mueren por los demás.

Estas narraciones se escuchan con mucha satisfacción moral, pero, ¿verdaderamente se creen? Según la experiencia de la gente normal, se piensa que se tiene fortuna cuando todo sale bien, hasta tal punto que, en la primera desgracia, se habla ya de mala suerte. Esta mala suerte es abundante: los accidentes automovilísticos, un incendio en la casa, una enfermedad dolorosa, un trabajo que se pierde, etc. De vez en cuando oímos este tipo de quejas: «He perdido mi juventud, me han arruinado la vida, perdí todo lo que tenía...». ¿Vale la pena seguir viviendo?

En la Antigüedad existían muchas y diversas escuelas filosóficas con diferentes programas. Pero estas diferencias concernían a los diversos modos de alcanzar el fin común: la felicidad. ¿Y si un hombre, no obstante esto, no la alcanza? Los estoicos, numerosos en la fase final del imperio romano, respondían: «Es como si te encontraras en una habitación llena de humo. Mientras se puede tolerar, tratas de no prestarle atención. Pero cuando el humo se vuelve insoportable, sales fuera». Por eso, aconsejaban el suicidio como actitud viril en los grandes infortunios. En efecto, el suicidio se hizo frecuente entre los intelectuales. Se cortaban las venas. Así terminó también el gran filósofo Séneca, que se dice era amigo de san Pablo. Su muerte tuvo lugar, en efecto, al mismo tiempo, si bien de modo muy diverso. San Pablo murió como un mártir por Cristo, Séneca se quitó la vida. Por eso, la fortuna o la suerte lo abandonó, lo cual no se puede decir de la muerte de san Pablo.

DÓNDE ENCONTRAR LA FELICIDAD

La felicidad es una actitud no un estado. Es limpiar las persianas mientras escuchamos música, o pasar una hora agradable poniendo en orden el cuarto de baño. Es ver a la familia reunida a la hora de la cena. Se encuentra en el presente, no en la lejana promesa de algún día cuando...

¡Qué afortunados y felices seríamos si nos enamoráramos de la vida que vivimos!

La felicidad es algo que escogemos. Atrapémosla en el momento en que pase como un globo impulsado por el viento hacia un cielo azul y luminoso. Mientras caminas de regreso a casa, con la cabeza llena de problemas, nota cómo tiñe el sol de fuego las ventanas de la ciudad. Escucha los gritos de los chiquillos que juegan ya cerca del ocaso, y siente cómo se te levanta el ánimo sólo por haber prestado atención.

La felicidad es como una visita; como esa tía extravagante y jovial que se presenta cuando menos la esperamos y desaparece dejando en el aire un olor a gardenias. No podemos ordenarle que venga; lo más que nos es dado hacer es disfrutar de ella cada vez que se le antoje venir. Tampoco está en nuestra mano obligar a la felicidad a presentarse, pero sí podemos aprender a estar conscientes de ella cuando lo hace.

RESPONDE BENEDICTO XVI

P.-La sociedad moderna duda de que pueda existir siquiera una verdad. Esto se refleja también en la Iglesia, que se aferra imperturbable a ese concepto. Usted llegó a comentar en cierta ocasión que la profunda crisis actual del cristianismo en Europa se debía esencialmente a la crisis de su reivindicación de la verdad. ¿Por qué?

R.-Porque ya nadie se atreve a decir que lo que afirma la fe es cierto, pues se teme ser intolerante, incluso frente a otras religiones o concepciones del mundo. Y los cristianos se dicen que nos atemoriza esa elevada reivindicación de la verdad.

Por una parte esto, en cierto modo, es saludable. Porque si uno se dedica a asestar golpes a su alrededor con demasiada rapidez e imprudencia con la pretensión de la verdad y se instala en ella demasiado tranquilo y relajado, no sólo puede volverse despótico sino también etiquetar con enorme facilidad como verdad algo que es secundario y pasajero.

La cautela a la hora de reivindicar la verdad es muy adecuada, pero no debe provocar el abandono generalizado de dicha pretensión, pues entonces nos moveremos a tientas en diferentes modelos de tradición.

ANDRÉS BESSETTE (1845-1937)

Nació en Saint-Grégoire-d'Iberville, provincia de Québec, el 9 de abril de 1845. Su nombre de bautismo fue Alfredo. A los nueve años quedó huérfano de padre y a los doce de madre. Apenas pudo aprender a leer y escribir, pues muy pronto se vio obligado a trabajar. En 1870 entró en el noviciado de los Hermanos de la Santa Cruz, tomando el nombre de Andrés. Hizo su profesión religiosa en 1872. Recibió el encargo de portero, y lo desempeñó durante cuarenta años. Con apenas 30 años de edad realizó curaciones extraordinarias. A partir de entonces comenzaron a buscarlo muchos enfermos. A todos recomendaba la confianza en Dios y la devoción a san José. Obtuvo permiso para erigirle una capilla, y fue nombrado custodio de la misma. Los últimos años de su vida los dedicó a promover la construcción de un santuario en honor de san José, que no llegó a ver terminado, pues murió el 6 de enero de 1937, a la edad de 92 años. Juan Pablo 11 lo beatificó el 23 de mayo de 1982. Su fiesta se celebra el 6 de enero.

**LO QUE ES EL HOMBRE DELANTE DE DIOS, ESO ES,
Y NO MÁS.
San Francisco de Asís**

DI SIEMPRE LA VERDAD

En un hotel de cierta localidad turística se celebraba una reunión de la junta directiva de una importante institución benéfica. Se contaba con que el hombre más rico de aquel lugar de veraneo daría una crecida contribución. Pero sus esperanzas se desplomaron cuando un distinguido sacerdote, que era el principal orador de la tarde, se desató en un violento ataque contra el juego. «Si la gente diera para fines de caridad la décima parte de lo que malgasta en el casino -dijo con vehemencia- las reuniones como ésta serían innecesarias».

-Probablemente ha ofendido usted a nuestro bienhechor -dijo al sacerdote el asustado presidente de la junta-. Él, no sólo tiene locura por el juego, sino que es dueño de un casino que lleva su nombre. Estoy seguro de que ahora no nos dará nada.

El contrito sacerdote, tratando de enderezar las cosas, se dirigió apresurado al millonario y le dijo: -Señor, si herí una de sus debilidades confío en que usted comprenderá que no lo hice intencionadamente.

Sin mostrarse alterado en lo más mínimo, el hombre acaudalado le contestó:

-No se preocupe usted por eso. Un sacerdote que hablara cinco minutos sin herir una de mis debilidades no merecería ni un céntimo falso.